

Prólogo

Emilio Muñoz
Instituto de Filosofía, CCHS, CSIC, Madrid.
Unidad de Investigación en Cultura Científica, CIEMAT.

Al responder a la invitación de la editora, la profesora Carolina Moreno de la Universidad de Valencia, para prologar este libro, me parece indispensable evocar a Ulrich Beck, y a su teoría del riesgo. Desde hace una larga década vengo subrayando la importancia de esta teoría, particularmente en relación con las consecuencias del desarrollo científico y tecnológico. Me parece especialmente interesante la emergencia del concepto de “modernización reflexiva” al que he acudido con frecuencia en una serie de análisis, dentro de un programa sobre filosofía de la política científica, aplicados a evaluar con mirada crítica la evolución de la política científica y tecnológica, a la que encuentro inmersa en una crisis por los vaivenes que experimenta su gobernanza en contextos cambiantes bajo diversos planos: el geoestratégico, el económico, el social y el científico-técnico, y que he utilizado de modo concreto en los estudios sobre la reacción social y política frente a los desarrollos de las biotecnologías y, más recientemente, ante la problemática del cambio global.

Es asimismo obligado reconocer en este punto, la importante contribución de un grupo de filósofos españoles de la ciencia y la tecnología al análisis de los temas del riesgo y la seguridad en una vertiente notablemente amplia, encabezados por José Sanmartín y Javier Echeverría y con seguidores relevantes entre los que cabe mencionar a José Luis Luján y José Antonio López Cerezo.

De hecho, en alguna de las obras que este grupo de filósofos ha publicado como autores o editores, se nos ofrece la oportunidad de continuar incidiendo en la reflexión sobre las propuestas de Ulrich Beck. Concretamente en el libro “*Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*” (J.L. Luján y J. Echeverría, eds., OEI, Biblioteca Nueva, 2004) se recoge un texto de Beck en el que se reexamina, a partir de la amenaza terrorista, la sociedad del riesgo mundial (nótese que no se trata de la sociedad mundial del riesgo, sino que el autor subraya la universalidad del riesgo; es éste el que es mundial). En el trabajo, la traducción al español de una conferencia pronunciada por el sociólogo alemán en la *London School of Economics and Political Science* en febrero del 2002, Beck nos conduce a la caracterización del riesgo mundial a partir de los problemas a los que se enfrentó una comisión, nombrada por el Congreso de Estados Unidos, con la misión de preparar un sistema de símbolos que pudieran indicar adecuadamente los peligros planteados por los cementerios nucleares norteamericanos. La pregunta de si era posible ofrecer una vía para que se pudiera comunicar al futuro los peligros que los propios seres humanos han creado, se saldó con un claro, y dramático, *no es posible*. Beck en su alegato recalca que esta contestación fue emitida con gran precisión científica, dato que aprecio en extremo como “*residuo zombi*” – otro concepto beckiano – de científico experimental que soy. Es además importante subrayar el carácter multidisciplinar de la comisión, que estaba constituida por físicos nucleares, antropólogos, lingüistas, neurólogos, psicólogos, biólogos moleculares, sociólogos y artistas, entre otros. Traigo este dato a colación porque es importante que reflexionemos en España acerca de la necesidad de acudir a la

interacción entre expertos con diferentes créditos y habilidades para abordar los problemas, no solo los complejos, sino también los aparentemente sencillos.

De hecho cuando estaba preparando este prólogo, se ha estado viviendo un gran caos financiero, reflejo de la avaricia descontrolada de algunos o muchos, en todo caso los que han actuado así, apoyándose en la vieja, y cínica, confianza de que el mercado lo arregla todo, hasta el punto de confiar en que se arregla a si mismo. He estado pensando en hacer referencia, como contribución original, a que esta nueva muestra de obvios riesgos globales, derivados de la ausencia de políticas de control, ponía de relieve la importancia de este libro y de lo que en él se comunica. Pero mi gozo ha quedado reducido a lógicas pavesas al comprobar que no hay pensamiento original en el terreno de la lógica y del sentido común, ya que al releer el texto de Beck, publicado en el libro *Gobernar los riesgos*, he podido constatar que el brillante y prolífico autor alemán habla también de los “riesgos de los mercados financieros globales”, a los que sitúa en el mismo plano catastrófico que las amenazas ecológicas. En este mismo texto se encuentra también una propuesta de eslogan para el comienzo del siglo XXI, que en línea con la propuesta de Mary Kaldor sonaría algo así como « haz la ley y no la guerra », argumento análogo al que también vengo repitiendo con intensidad en diversos foros al reclamar más control para el mercado, y tanto más cuanto más libre y amplio sea el susodicho mercado.

A la vista de estas constataciones, debo acudir a la medicina de la modestia para reconocer que no ha habido originalidad en mis pensamientos y declaraciones. Que todo ello ya había sido pensado y expuesto previamente con brillantez y agudeza.

La brillantez y perspicacia de Ulrich Beck no cesa y recientemente se recogía en la sección de opinión del *El País* (16 de julio de 2008, Pág. 27), un artículo acerca de los nuevos profetas de la energía nuclear, en el que hacía referencia de nuevo al problema de la comisión del Congreso a la que se aludió anteriormente, para recordar que « las líneas de conflicto de la sociedad del riesgo mundial son culturales. En la medida en que los riesgos globales escapan a los métodos habituales de cálculo científico, la percepción cultural adquiere un papel fundamental ».

En otro orden de cosas, hay que mencionar que para el mes de octubre de 2008, días 21-23, de 2008, se han convocado en París dos conferencias sobre “Nano Riesgos” y “Nano Energía”, organizadas por una institución privada, “Upperside Conferences”, en el *Tapis Rouge Conference Center* de la capital francesa. En la primera de ellas, las cuestiones relativas a la comunicación y a la evolución del riesgo ocupan plataformas de gran alcance, mientras que en la segunda se debaten los temas desde perspectivas esencialmente técnicas y económicas. Nuevas tecnologías, nuevos y eternos problemas suscitan nuevas preocupaciones alrededor de eternos riesgos.

Por lo tanto, me debo sentir humilde, pero asimismo reconfortado para recomendar la lectura de este libro. Se trata sin duda de una obra oportuna. Si el riesgo es algo esencial en nuestras globalizadas vidas, es preciso conocer el riesgo, comunicar sus relatos, su historia y sus consecuencias, y respecto a esta exigencia, el libro editado por la profesora Carolina Moreno reúne datos de un notable nivel, cumple sobradamente la tarea prevista para un libro de estos objetivos.

La dimensión diacrónica se trata, en términos generales, por Bruna de Marchi con brillantez y rigor, aproximación que se complementa con un interesante caso sobre la cuestión del riesgo sanitario en la sociedad medieval desarrollado por Mercedes Gallent. La contribución de Carmelo Polino y Maria Eugenia Fazio combina la perspectiva histórica con las especificidades geográficas de Argentina para abordar el tema de continua actualidad que es la energía nuclear.

La dinámica de los procesos de comunicación se explora bajo el prisma de dos casos representativos de ámbitos de actualidad y relevancia como son, por un lado, las crisis alimentarias que trata con su proverbial destreza Montaña Cámara y por otro, la cuestión del riesgo petroquímico que es abordado por Jordi Farré y José Luis Gonzalo con la doble perspectiva del sentido práctico de la comunicación de los riesgos que conlleva un sector industrial bien significativo y de la incursión en el terreno teórico que rodea ese proceso desde la visión de los autores.

La entrada en el campo de las teorías y los procesos se lleva a cabo con los trabajos de Carolina Moreno y José Luis Luján quienes afrontan con seriedad y valentía la conexión entre el principio de precaución y la actividad comunicadora, y, por otro lado, de Stephen Hilgarter quien ofrece un interesante ejercicio de corte shakesperiano al reclamar, desde el prisma de las ciencias sociales, una mayor atención sobre las actitudes y motivaciones de los expertos de la que habitualmente se les presta en los procesos analíticos, donde el foco se suele situar en el público profano.

A continuación, la obra presenta una atractiva panoplia de casos diversos, entre los que se entrecruza un importante texto de Enrique Gil Calvo sobre riesgo, incertidumbre y medios de comunicación que preside el desgranar de los diferentes tratamientos temáticos. Dos de éstos tienen que ver con el ámbito de la salud, aunque con diferentes visiones. Francisco Martínez-Olivas discute la cuestión de la comunicación de riesgos y medicamentos desde una óptica concreta y técnica, mientras que José María Bernardo y Nello Pelliser desarrollan el conflicto entre información sanitaria, realidad e institución y el papel de los medios de comunicación como vehículo social, aunque hacen hincapié en la dimensión de crisis como elemento diferencial de su análisis.

Profundizando en la dimensión crítica y catastrófica de los riesgos, Ramón Moles y Anna García plantean la caracterización del riesgo y de su comunicación jugando en el título con la in-comunicación, que enfrentan a la complejidad y diversidad de riesgos, temas y actores, mientras que Ramón Camaño escoge un caso determinado, la gripe aviaria, como potencial catástrofe para cotejar la comunicación de hechos, que se encuentran en diferentes estadios de comprobación científica, ante un colectivo supuestamente informado (conocedor) como la población universitaria.

Los trabajos de Carlos Lozano, Guillermo López y Jesús Timoteo nos sitúan en el terreno del riesgo mundial al enfrentarse a procesos de comunicación sobre las catástrofes, las violencias terroristas, y la crisis, como avanzadillas en el problema del riesgo global en línea de acomodación a los presupuestos de Beck glosados anteriormente.

El trabajo ya mencionado de Gil Calvo y el que cierra el libro, de Andrew Stirling sobre ciencia, precaución y evaluación de riesgos, nos muestran, desde dos espejos diferentes, la reflexión de los problemas a los que se enfrenta el control del riesgo, y de su lógico corolario que es la seguridad; en el primer caso, ante la presión (¿racionalidad?) de los mercados de la comunicación y la política y en el segundo explorando como pueden afrontarse tales cuestiones desde el punto de vista de la racionalidad científica. En el primer caso, se promueve por medio de un conjunto de procesos: prevención, sanción y reparación, a cuyo conjunto denominamos regulación, mientras que en el segundo, en el plano de las políticas, relacionadas con la lógica ambientalista y la dimensión europea, se afronta el eventual control mediante el principio de precaución, con las dificultades y limitaciones que presenta ese principio cuando se compara con los métodos científicos reconocidos como válidos (Stirling).

El agujero negro que representa el conflicto entre principio de precaución y los principios científico-técnicos me lleva a bucear en la reflexión personal para progresar

hacia una posible salida. En esta línea y de acuerdo con alguna incursión previa (*Temas para el Debate*, número 156, noviembre 2007, págs. 37-40), en la que he apuntado a la preeminencia de la prevención como estrategia para el caso de la ciencia aplicada a la solución del problema del cambio global, me permito ahora introducir la conveniencia de establecer una distinción operativa entre prevención y precaución. Reconozco que, en castellano, es semánticamente muy difícil, por no decir imposible, establecer una distinción entre ambos. Sin embargo, aunque no soy un experto en filología inglesa y francesa, los términos “prevention” y “precaution”, me parecen plantear alguna interesante distinción, aunque guarden relación de sinonimia. Mientras que las palabras “prevention” y “preventive” (idénticos signos en ambos idiomas) se refieren primariamente a la tarea de evitar algún daño o problema por la introducción preferencial de barreras experimentales o naturales, físicas, químicas, biológicas (como por ejemplo, la vacunación, el uso del preservativo, una valla, el empleo de gases o incluso la existencia de una ley), la noción de “precaution”, también idéntico signo en ambos idiomas, se dirigiría a evitar males por el uso fundamental del discurso (el consejo, la advertencia) o el recurso a la moral.

Con estos modestos pensamientos, de nuevo acudo a la cura de humildad, confío en que si el lector empieza la lectura del libro por este prólogo, encuentre motivos adicionales para adentrarse en su lectura. Como ya he apuntado anteriormente, valoro muy positivamente esta obra que abre nuevos campos en el tema, cada día más candente, de la seguridad y el riesgo, y ahora, de modo específico, en lo que atañe a los procesos de información y comunicación que les conciernen. Lo hace con frescura, con apreciables niveles de calidad, con una interesante mezcla de prudencia y riesgo (en este caso, intelectual); contiene además unas suficientes dosis de variedad de temas y diversidad de actores para responder al ineludible criterio de interdisciplinariedad y polifacetismo que debe presidir el análisis de estos temas. Y lo que pienso que es más importante, estimo que abre nuevas vías, oportunidades y esperanzas de que las publicaciones, en el futuro, sobre estos temas aborden sus nociones todavía con más riqueza de matices y mayor diversidad de gamas cognitivas para la fertilidad del debate intelectual.

Emilio Muñoz
Instituto de Filosofía, CCHS, CSIC, Madrid
Unidad de Investigación en Cultura Científica,
CIEMAT